

Los subterráneos de Ciudad Vieja

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Guatemala guarda, entre todas sus maravillas, interesantes misterios que nos hablan de los tiempos de la conquista y de la fundación de las galantes ciudades de españoles las cuales, a veces, no llegaban a ser sino insignificantes villorrios destartalados. Es el caso de Ciudad Vieja, a unas cuantas leguas de Antigua Guatemala, un arcón lleno de recuerdos, de nostalgias, de historias olvidadas en el tiempo.

A los conquistadores españoles, posiblemente maravillados por la imponentia de los volcanes que la rodean, como viejos gigantes adormecidos, cuyas hazañas eruptivas han quedado plasmadas en los papeles viejos de los archivos, y atraídos por las tierras casi llanas que a sus pies existen, se les ocurrió fundar una ciudad para gloria del Rey Nuestro Señor ... ¡O para gloria de ellos!

Casi cayéndole encima la mole majestuosa del Hunapú o volcán de Agua y al frente, su hermano de Fuego, pegado al macizo del Acatenango como viejo malhumorado quien reclama los trastornos que la especie humana hizo en su particular entorno, Ciudad Vieja aún hoy, quinientos años después, persiste sobre las volcánicas formaciones del centro de Guatemala.

¡Ah! La misteriosa e interesante Ciudad Vieja, testigo mudo de una época de violencia sin par, de un tiempo cuando apenas se formaba la condición mestiza de nuestra América.

Ciudad Vieja es un pueblecito pequeño, pegado y arañando las faldas del Hunaphu, cuyas casas, casi todas de una sola planta, crecieron a lo largo de la calle principal que se comunica con la carretera hacia Escuintla, al otro lado de la cordillera.

Ciudad Vieja fue fundada por Pedro de Alvarado o *Tonatiu* o *Cara de Sol*, como lo llamaban en su lengua los aborígenes, quienes tuvieron la escasa fortuna de conocerlo, allá por las décadas de los 20 y 30 del galante siglo XVI. Las construcciones de tipo español se levantaban orgullosas, como diciendo a las estructuras aborígenes que serían ellas las que cimentaban el orgullo español, por sobre la amarga derrota aborígen. Mientras tanto, el Hunaphu todo lo veía extasiado y conmovido por las masacres en contra de su cobriza gente.

Cuenta el escritor guatemalteco José Milla que algunos vecinos confabularon contra el gobernador Alvarado, con el fin de malograr su gobierno. Intrigas no faltaban en esos días trajinados por la capa y la espada, por la búsqueda de los favores de las poderosas y engreídas cortes de Indias.

Pero el destino se adelantó a los confabuladores, pues el gobernador murió en Honduras, en una lucha con los naturales, por lo que no fue posible

fraguar su derrota. Quien se quedó sola y con el duelo en el alma fue su esposa, Doña Beatriz de la Cueva, pese a tener cantidad de damas de compañía a su alrededor. La soledad existe aun teniendo un regimiento a las espaldas; aún más, es posible morir de soledad en medio de una muchedumbre, así es la condición humana.

Se dice que Beatriz, muriendo cada minuto la muerte de su marido, se lamentaba de su suerte y de la ciudad que habían fundado. Nada, absolutamente nada valía ya la pena sin su galante marido. Lamentaciones que se transformaban en blasfemias en las mojigatas mentes pueblerinas de Ciudad Vieja.

Fue una noche lluviosa del once de septiembre de 1541, cuando el Hunaphu vomitó sobre el pueblo toda una suerte de lodo, piedras y agua; sepultó así la ciudad junto a muchos de sus habitantes, incluso a la desolada doña Beatriz. Hoy, como una obscura mole del tiempo se conservan las ruinas del palacio de donde fue arrancada doña Beatriz por el lodo implacable de los flujos de la laguna, derramada desde la cima del volcán.

Mas volviendo a los confabuladores, estos se reunían en sótanos que habían sido construidos, no se sabe con qué propósito, bajo algunas casas de vecinos principales. Suponemos que eran bodegones para almacenar el vino que unía a los peninsulares con su España galana, ¿Mas quién puede ya saberlo por la lejanía de los tiempos? Lo cierto es que esos subterráneos claustros quedarían enterrados bajo enormes cantidades de lodo y piedra, como tristes espectros en la noche de los tiempos...

Corrían los años 30 del finado siglo XX y Ciudad Vieja siempre solitaria y melancólica, más pobre que rica, un caserío olvidado en la campiña guatemalteca, cuando un niño o patojo llamado Francisco Flores y otro patojo amigo, se encontraban en las faenas del campo. Al remover unas piedras, mientras picaban la tierra para sembrar flores, quedó al descubierto un orificio profundo que les llamó poderosamente la atención.

Los incautos patojos salieron en estampida, con un saco de curiosidad en las espaldas, a la tienda más cercana para comprar una candela. Con ella y unos fósforos regresaron para adentrarse en los confines del misterio. Ampliaron el orificio y se introdujeron en él. Bajaron por unas escaleras de piedra construidas en forma de caracol. Abajo, parecía un callejoncito, largo y oscuro. No obstante, el pánico le ganó a la curiosidad infantil y regresaron como alma que lleva el diablo a relatar su hallazgo a la autoridad, la cual de manera arbitraria y poco prudente los castigó por meter sus narices en asuntos que no les competían. Las autoridades, prestas a confabularse con el olvido, cerraron la entrada al subterráneo y olvidaron, a su vez, la ubicación del hallazgo.

Francisco, aquel patojo lleno de curiosidad, sacó de su mente este recuerdo, un día del 2006 que estuve en su cantina, allá en Ciudad Vieja, tomándome una "Gallo" para apagar el calor que me consumía el cuerpo y para preguntar, con el fin de resucitar recuerdos. Uno de ellos fue ese curioso relato, el cual me recordó la narración del escritor Milla, quien algo tendría que conocer sobre esos misteriosos subterráneos perdidos en el tiempo y que ahora trato de recuperar del recuerdo.

¿Quién sabe? Tal vez alguna persona ducha en arqueología lea este relato y se le mueva, como a Francisco y su amigo, el gusanillo de la curiosidad y se ponga a rascarle las axilas a Ciudad Vieja en busca de sus secretos.

Nota: Esta historia resultó de mi visita a Guatemala para participar en el VIII Congreso Centroamericano de Historia, celebrado en Antigua Guatemala. Cuando visité Ciudad Vieja me di a la tarea de hacer entrevistas a varios vecinos de la localidad. Uno de ellos, Francisco Flores, anciano de aproximadamente 80 años, me refirió la historia del subterráneo que descubrió junto con su amigo de infancia. Después, en el avión de regreso a Costa Rica, al leer una novela escrita por José Milla encontré las referencias sobre los subterráneos donde según el escritor, se reunían los confabuladores. Inmediatamente relacioné el relato de don Francisco y me aumentó la curiosidad sobre esas estructuras subterráneas. Sin poder efectuar una investigación sobre esos subterráneos, se me ocurrió referirlos mediante la anterior crónica.

Daniel en ambos lados de los sueños

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Nació como un vegetal; un problema neurológico, dijeron los médicos. El niño podrá desarrollar su cuerpo de manera normal, pero su mente ... su mente quedará detenida, sin cambios.

Sus resignados padres, haciendo de tripas corazón, se llevaron a su casa al bebé-vegetal para cuidarlo hasta donde Dios lo permitiera...

Daniel crecía de manera normal, parecía un niño dormido, un rostro agradable de un año de edad, como una estatua de niño Dios. Respiraba normalmente, pero era alimentado a través de una sonda. Sin embargo, a primera vista, era un niño normal simplemente dormido...

Pero en otra dimensión de la materia y en otro nivel de la conciencia, como una broma paralela, un Daniel poseía otra historia...

Daniel no podía caminar. Los padres, preocupados, consultaron al médico quien les dijo que el niño tenía una dolencia congénita, no caminaría; los músculos de sus piernas y algunos de otras partes del cuerpo empezarían a atrofiarse y a secarse irremediabilmente. Sin embargo, el problema del cuerpo no era el de la mente, pues Daniel captaba las cosas rápidamente y a su año, ya se podía adivinar la inteligencia de la que había sido dotado.

Pasaba el tiempo. Daniel con el cuerpo atrofiado, pero con una mente poderosa. Su madre lo llevaba a la escuela donde captaba, de manera admirable, la lección del maestro ...

Pero volviendo al otro lado de los sueños y pese a todos los esfuerzos, Daniel seguía postrado en cama, como un vegetal. Su mente no reaccionaba, aunque su cuerpo era el de un niño normal de escuela, bien proporcionado, pero inerte, como una estatua. Seguía creciendo, creciendo. Ya se adivinaban los cambios que la pubertad empezaba a hacer en su cuerpo; se le observaba el incipiente vello en el labio superior y en las mejillas. Los visitantes decían que era una lástima que un joven apuesto no pudiera conocer los placeres de la vida, que no pudiera amar algún día...

Tiempo después, en la otra dimensión de la materia, o en el reverso del sueño, como ustedes gusten llamarlo, otra historia se contaba...

Daniel superó la escuela de manera excepcional e ingresó a la secundaria de modo admirable, como un geniecillo, encerrado en su lujosa botella. En el colegio iba a paso firme pese a sus piernas flacuchas e inertes. Los médicos estaban preocupados porque con la adolescencia, su cuerpo se debilitaba y temían su prematura muerte. Sus padres lo sabían y tomaban la noticia con esa resignación irracional de quienes no aceptan la cruel realidad de la vida.

Fue en quinto año de colegio cuando vino el desenlace, el acto final, justo la mañana en que despertaba para ese día hacer su examen final de matemática.

Se sintió mal, le dolía el pecho fuertemente, empezó a faltarle la respiración y fue quedándose así, tendido en la cama, con los ojos abiertos que no querían dejar de ver, no deseaban perder la ilusión de la vida cercenada por un infarto adolescente...

Inmediatamente, del otro lado de los sueños, justo esa mañana, Daniel, el vegetal, abrió los ojos y ante la estupefacción de sus padres que no entendían qué estaba ocurriendo, Daniel, el otrora inmóvil adolescente, se incorporó en el lecho y con voz agradable, les dijo preocupado: “*¿Qué hora es? ¡Llegaré tarde a mi examen de matemática...!*”